

EL INDEXADO

EDICION ESPECIAL

Boletín Oficial de la Coordinadora de
Loteos Indexados y Barrios Carenciados

EXTRA

Córdoba, Noviembre de 1989 AÑO II

¿Qué pasa con la Deuda Externa?

JORNADA
SOBRE EL TEMA
"DEUDA EXTENA
Y ORGANIZACION
POPULAR"

Fecha:
Sábado 25
Nov. 1989

Hora:
A partir de
las 9 hs.

Lugar:
Foro de la
Democracia
Av. L. Lugones 339
(Pque. Sarmlento)



HACEMOS EL INDEXADO

Protacio Roldán (Estación Flores)
Gladys Suarez (José I. Díaz)
Rubén Gimenez (José I. Díaz)
Jorge Lucero (Villa Adela)
Omar Sánchez (Almirante Brown)
Cecilia Ré (CECOPAL)
Marcelo Mateo (CECOPAL)

DIRECCIONES:
Coordinadora:
San Lorenzo 163
CECOPAL:
27 de Abril 856



FORO INTERNACIONAL
SOBRE
DEUDA EXTERNA
Y DESARROLLO

De la deuda externa se ha hablado mucho en los últimos años y no es para menos, ya que es un tema de gran importancia en el país y tiene que ver con nuestras cosas concretas, con nuestra vida diaria, mucho más de lo que generalmente pensamos. Podríamos preguntar entonces, ¿Cuál es la relación de la deuda externa con nuestra lucha por el acceso a la tierra y a una vivienda digna, esa lucha que nos llevó a formar la Coordinadora de Loteos Indexados y Barrios Carenciados de Córdoba? Confiamos que al final de este pequeño trabajo esa relación quede clara y sirva para una discusión más profunda sobre el tema.

La "deuda eterna"

Algunos la llaman la "deuda eterna", porque tanto la Argentina como los restantes países latinoamericanos, siempre han estado debiéndole dinero a las naciones más poderosas. La Argentina, por ejemplo, contrajo su primer gran préstamo hace 165 años con un banco inglés y demoró 80 años en pagarlo, devolviendo al final una suma varias veces mayor a la recibida, por aquello de los intereses, comisiones y demás. Algo parecido le ocurrió a todos los países hermanos.

Y durante este siglo siempre fuimos deudores, pero si bien esto nos condicionaba no nos impedía vivir más o menos dignamente. A veces llegamos a cancelarla, en algunos cortos períodos, pero después volvía a reaparecer, porque el endeudamiento es la consecuencia de otros problemas más de fondo, como la falta de una economía verdaderamente independiente o el escaso desarrollo de algunos sectores productivos como por ejemplo la industria de base o pesada, es decir la industria de aceros especiales, grandes equipos, turbinas,



máquinas herramientas, etc. Sin ese sector de la economía, que sostenga la industria liviana o productora de bienes de consumo, un país será siempre dependiente de otras naciones del exterior, a las que deberá comprar lo que no es capaz de fabricar internamente.

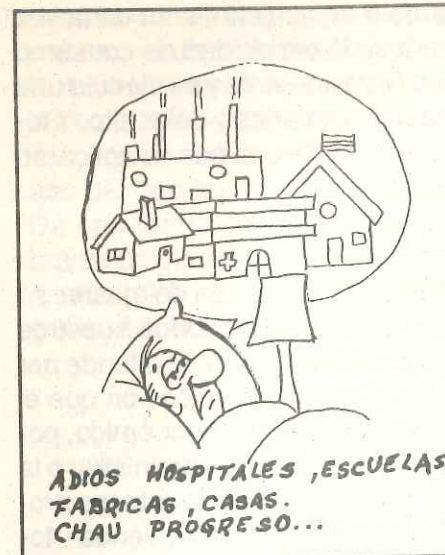
Pero la historia más dramática de la deuda externa empezamos a vivirla en los últimos años, más exactamente a partir de 1976, en que comenzó a transformarse en un cáncer para la República. Como todos sabemos, en ese año se produjo un golpe militar duramente represivo que persiguió a las organizaciones populares, obreras y estudiantiles, con el objetivo de imponer un plan económico, ejecutado por José Alfredo Martínez de Hoz, que benefició a pequeños y poderosos sectores -nacionales y extranjeros-, pero perjudicó a la inmensa mayoría de la población.

Fue en esa época donde se produjo el mayor endeudamiento de la Argentina, ya que la deuda externa que había cuando la presidente Isabel Perón fue depuesta se multiplicó por ocho entre los años 1978 y 1982. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Quién nos prestó tanto dinero?

La plata dulce

A mediados de los años '70, los bancos norteamericanos y europeos estaban rebosantes de dinero. Miles de millones de dólares provenientes de los depósitos que venían realizando los países árabes productores de petróleo. Estas naciones (Arabia Saudita, Kuwait, Irak, etc.) decidieron, en 1973, elevar en cinco veces el precio del petróleo, obteniendo fabulosas ganancias que, por lo general, no invirtieron en sus países, sino que las colocaron en los bancos del mundo desarrollado, especialmente de países como Estados Unidos, Inglaterra y Suiza. Para esos bancos se trataba, entonces, de invertir esos fondos y decidieron, entonces, ofrecer fuertes préstamos a los países latinoamericanos y del Tercer Mundo. Especialmente, aquellos países con gobiernos "amigos", esto es dictaduras militares que llevaban adelante planes económicos como les gustaban a estos países poderosos.

Fue por eso que prestaron irresponsablemente enormes sumas de dinero a países como Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia y otras naciones que, a su vez, terminaron gastando, también irresponsablemente, esos créditos. Y la situación de



nuestros países no mejoró en nada, porque los dineros -como ocurrió en el caso argentino- se dilapidaron inútilmente, en armamentos y obras inservibles o, directamente, nunca se invirtieron y se destinaron a la especulación en el circuito financiero, a las famosas "bicicletas", a esa rueta infernal del dólar, las tasas y las acciones. Algunos se enriquecieron muchísimo, pero el pueblo no recibió ningún beneficio, salvo esa nueva hipoteca que ahora pesa sobre nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos. Ese fue el resultado concreto de la fiesta de la "plata dulce".

Durante la campaña electoral de 1983, los principales partidos prometían en sus plataformas que se investigaría el origen de la deuda para separar la parte legítima de la ilegítima y pagar sólo la primera. Pero después ocurrió lo contrario, ya que los grandes bancos norteamericanos y europeos, a través del organismo que defiende sus intereses (el Fondo Monetario Internacional) presionaron para que el país no se hiciera el distraído y pagara y el gobierno terminó cediendo a esas imposiciones. Y no sólo proclamó su voluntad de pagar la deuda contraída por el estado sino que también se hizo cargo de la deuda de los grandes grupos económicos y empresas privadas. Es decir, nos obligó a todos a pagar una deuda contraída por muy pocos y que no nos benefició en absoluto.

Alsogaray dice que pagar la deuda es "un compromiso de honor", pero calla la circunstancia de que unos pocos se enriquecieron mientras la mayoría sufrimos las consecuencias.

Una cifra astronómica

¿Y cuánto debemos los argentinos? La cifra es astronómica, ya que no sólo debemos devolver el

capital sino también enormes intereses, que constituyen la ganancia de los que nos prestaron. La actual deuda externa es de más de sesenta mil millones de dólares y vale la pena compararla con cosas más conocidas.

Si edificáramos un millón de viviendas para una familia tipo, mil hospitales medianos para barrios y localidades sin atención médica, mil escuelas en las regiones alejadas del país y construyéramos obras para el agua potable, gas y electricidad en cien ciudades de las provincias pobres, todavía no alcanzaríamos a gastar todo ese dinero. Nos quedaría una buena cantidad para abrir nuevas industrias y mejorar la salud o la educación.

Desde 1978 el país no paga nada del capital de su deuda, pero entre 1983 y 1988 enviamos al exterior en pago de intereses algo así como la cuarta parte de la deuda actual: unos 15 mil millones de dólares. Pero sin embargo la deuda siguió creciendo, porque en definitiva pagamos intereses de los intereses. Y al girar ese dinero al exterior, nos privamos de inversiones que hubieran permitido au-



mentar la producción, crear nuevas fuentes de trabajo y aumentar el salario de los trabajadores.

Las políticas de ajuste

La gran banca acreedora internacional no es idiota y sabe perfectamente que la deuda es incobrable, porque nuestros países no podrán pagarla jamás. Somos y seguiremos siendo deudores, pero eso tiene un precio que se traduce en las llamadas "políticas de ajuste". ¿Qué significa esto? Significa que si nuestro país quiere seguir manteniendo

do relaciones comerciales, económicas, financieras y aún diplomáticas con el mundo desarrollado deberá orientar su política económica interna a las exigencias de esos países y de los banqueros, "sugeridas" generalmente a través del Fondo Monetario Internacional. ¿Y cuáles son esas exigencias y qué resultado concreto tienen para nosotros?

- **Reducción del déficit del estado.** El déficit significa que se gasta más de lo que se entrega. Todos sabemos que el estado es habitualmente muy mal administrador y totalmente burocrático, lo que lo hace costoso e ineficiente. Pero cuando las políticas de ajuste exigen una reducción violenta del déficit apunta fundamentalmente a que se disminuya el gasto en salud, educación, vivienda y obras públicas. Es decir, a la disminución de la calidad de vida para las grandes mayorías.



- **Congelamiento de salarios y liberación de precios.** La experiencia nos enseña que antes de que comience cualquier plan antiinflacionario (Plan Austral, Plan Primavera, Plan Rapanelli), las empresas crean un ancho "colchón", remarcando a destajo, para después empezar a discutir algún tipo de acuerdo con los salarios ("precios sugeridos", "concentración precios-salarios", etc.). De esa forma, se logra una caída del poder adquisitivo de los salarios, baja el consumo y, por tanto, hay más para exportar o vender al exterior. Y si hay más para vender afuera se logrará el ingreso de una mayor cantidad de dólares, necesarios para pagar los intereses de la deuda externa.

- **Economía Exportadora.** Nadie discute que es necesario que nuestros productos salgan a ganar mercados extranjeros, pero cuando se busca orientar todo el esfuerzo a las exportaciones se conde-

na al mercado interno a un achicamiento cada vez mayor —o sea se reduce la capacidad de consumo de la población— y se lleva adelante y se ejecuta una política que procura bajos salarios y dólar alto. Y todo ello para conseguir más divisas que se aplicarán al pago de la deuda.

- **Privatizaciones.** En las políticas de ajustes se propagandiza, como remedio para todos nuestros males, la privatización. Se sostiene y se difunde por todos los grandes medios de comunicación que el estado es el causante del desastre económico, por su ineficiencia, su incapacidad para administrar o la corrupción de los funcionarios. Por lo tanto, se propone que el estado privatice —es decir, venda— todas sus empresas, tanto la productivas (YPF, Petroquímicas, acerías) como las de servicios (Correo, Aerolíneas, ENTEL, Radios, TV, Ferrocarriles, etc.). Lo que no se dice generalmente es que quienes más contribuyen a la quiebra del estado son los industriales ineficientes que viven pidiendo subsidios para no tener que cerrar las fábricas, los banqueros especuladores que contrajeron deudas sabiendo que el estado les serviría de garantía, los empresarios que evaden miles de millones de dólares en impuestos. Estos sectores son los que se enriquecieron a costa del estado y ahora se llenan la boca con la palabra "privatización".

- **Capitalización de la deuda externa.** Una vez decidida la privatización de las empresas del estado, se establece que los grandes grupos económicos —nacionales y extranjeros— podrán adquirir estos bienes a través de la llamada "capitalización de la deuda externa". Es decir, esos grupos pueden comprar en las bolsas internacionales los certificados de



nuestra deuda (especies de pagarés dados por el país a cuenta de la deuda), que se cotizan a un 35 % del valor nominal, y pagar con esos certificados las empresas del estado. El estado argentino, a su vez, le reconocerá a esos certificados un valor más alto del que tienen en su cotización internacional. De esa forma, los bancos extranjeros podrán cobrarse una parte de la deuda: adquirido a muy bajo precio las empresas del estado argentino. Un negocio redondo.



Un horizonte de sombras

Las políticas de ajuste son, entonces, el resultado más visible de la deuda externa. La mayoría de los países vecinos, como Bolivia, Chile, Brasil, han llevado adelante estas políticas y ello ha traído consecuencias graves, como mayor marginalidad, violencia social, miseria, desocupación y empobrecimiento generalizado de la población. En la Argentina vimos cómo el gobierno constitucional de Alfonsín, siguiendo desgraciadamente las huellas del "proceso" militar, se comprometió cada vez más con el ajuste, hasta que se llegó a los saqueos, la hiperinflación y toda esa historia que conocemos bien.

El nuevo gobierno, que debió tomar las riendas del poder en medio de la grave crisis, parece que se orienta en el mismo sentido, profundizando la política de ajuste al señalar que no queda otra alternativa. Con ello, el panorama se torna realmente preocupante.

Nosotros y la Deuda

Ahora podemos volver quizás a la pregunta del comienzo. ¿Cuál es la relación de la deuda externa con nuestra lucha por el acceso a la tierra y a una vivienda digna?

Siempre hubo loteadoras que especularon con el uso del suelo urbano, pero todos sabemos que los mayores abusos se produjeron en los tiempos

del régimen militar, al calor de la imposibilidad que tenían los vecinos de organizarse y movilizarse para resistir los atropellos, de funcionarios complacientes que utilizaban los cargos para servir a sus propios intereses (como fue el caso de Garzón Chiodi), de la crisis, el cierre de industrias y la pérdida de las fuentes de trabajo que obligó a muchas familias a trasladarse a barrios marginales y, en general, de todas las "bicicletas financieras" que permitieron que las inmobiliarias se enriquecieran con las cláusulas indexatorias y nos obligaran a pagar por un lote una cifra muy superior a su valor real. Al igual que le ocurre al país con la deuda externa.

Y a nosotros nadie nos puede contar, porque las padecemos en carne propia, lo que significan las políticas de ajuste que se vienen aplicando en todos estos años y que nos han obligado a organizarnos, para atenuar en parte sus efectos, mediante las compras comunitarias, las ollas populares y otros métodos que nos permitan sobrevivir en esta crisis.

Por eso es que existe una estrecha relación entre nuestros problemas cotidianos y la deuda externa. Y ello nos obliga a conocer y discutir el problema, sin dejar que el tema quede exclusivamente en manos de los banqueros y los técnicos que buscan involucrarnos con palabras difíciles y cifras complicadas.

Esa discusión es una condición necesaria para plantearnos revertir la situación y empezar a pensar en respuestas distintas a estas "políticas de ajuste" que siempre terminan perjudicándonos a nosotros, haciendo más difícil el presente y más incierto el futuro para nuestros hijos.